

*Una conferencia magistral ofreció el ex presidente de Costa Rica (1986-1990 y 2006-2010) y Premio Nobel de la Paz 1987, **Oscar Arias Sánchez**, durante la Asamblea 60 celebrada en Antigua, Guatemala en octubre 2004.*

Oscar Arias Sánchez

Desde la perspectiva de un político que no renuncia a luchar por la libertad, por la paz y la democracia, deseo aprovechar la generosa cortesía de mis distinguidos anfitriones para hablarles sobre la responsabilidad y la función de los periodistas y de los medios de comunicación frente al fenómeno de la violencia, de la lucha contra la corrupción y de la libertad de prensa.

Cuando ocupé la presidencia de Costa Rica, y particularmente en relación con el proceso de pacificación y democratización de Centro América, fui testigo del enorme efecto que puede llegar a ejercer la prensa sobre los acontecimientos humanos.

Entiéndase bien que no se trata de la capacidad para informar sobre esos acontecimientos, sino de un verdadero poder que le permite a la prensa influir en su rumbo.

Puedo afirmar que la prensa internacional actuó con responsabilidad en aquellos momentos y que el odio y la intolerancia también cobraron su cuota de sangre a los periodistas.

Sentí mucho pesar por el gran número de mujeres y hombres de la prensa que sufrieron cárcel, tortura y hasta perdieron la vida en el cumplimiento y el deber de informar y no pocas veces por haber actuado en defensa de lo que creyeron justo o por haber denunciado crímenes y atropellos.

Que la violencia se proyecte contra el periodista y contra la libertad de prensa es grave para la democracia. Sus peligros y sus amenazas no gravitan únicamente sobre los periodistas. Ser periodista es en nuestro continente ciertamente peligroso. Mas quién sabe si en nuestro tiempo no es peligroso ser niño.

No exagero. La intolerancia, la desconfianza el miedo y el odio se han infiltrado en los entresijos sociales de nuestro continente. La violencia que nos carcome procede de fuentes que en muchos casos intentamos no reconocer. Hace poco recibí la impactante nueva de que desde 1979 solamente en Estados Unidos han muerto por heridas de bala más de 50,000 niños. Esos niños murieron en sus hogares, en sus escuelas y en sus vecindarios por accidente o por acción deliberada de sus familiares, sus condiscípulos o sus amigos.

No sabemos ciertamente cuántos niños nicaragüenses, salvadoreños, o guatemaltecos crecieron no en medio de juguetes, de libros y de maestros sino en los campos de entrenamiento y en los campos de batalla, cargando sobre sus hombros y disparando

armas de fuego en medio de adultos que como ellos sólo aprendieron a matar.

Sabemos que fueron muchos los niños soldados que murieron cuando aún no habían aprendido a jugar ni a leer y que los demás vieron llegar la paz cuando ya eran adultos sin futuro.

Es en verdad sumamente peligroso ser niño en estas tierras del continente americano.

Permítanme decir que subestimo la monumental complejidad del problema de la violencia, pero eso no debe intimidarnos.

No hacer nada por resolverlo es la mejor manera de empeorar las cosas. Estoy familiarizado con la observación de que la magnitud de los medios para afrontar un problema debe ser conmensurable con la magnitud misma del problema.

Es una observación razonable, pero llevada a sus últimas consecuencias nos conduciría como a los adultos de *El Principito*, de Antoine de Saint-Exupéry, distinguir un sombrero de una boa satisfecha.

El esfuerzo individual de cada uno de nosotros cuenta por muy insignificante que se vea frente a los retos.

La difusión de lo que llamamos la cultura de la violencia, es probablemente el efecto sinérgico de muchos factores, entre ellos, la incitación al consumismo desplegada por la publicidad, la exaltación idolátrica del dinero, el canto de sirenas de la drogadicción y el efecto insensibilizador de la violencia que presentan, a guisa de información o de entretenimiento, los medios masivos de comunicación.

Hay valores universalmente aceptados, valores a los que difícilmente dejarían de adherirse los gobiernos, los partidos políticos, las instituciones privadas, las religiones, las empresas o los individuos.

En primer lugar el respeto a la vida, vertebral del cual podrían venir todos los otros, el respeto a la diversidad, la prédica de la no violencia, la solidaridad, la paz, la igualdad, la justicia.

Como hipótesis la excesiva exposición de las personas, especialmente los niños, a hechos violentos reales o ficticios, las insensibiliza en relación con la violencia e inclina a muchas de estas personas a ignorar el valor fundamental del respeto a la vida.

En torno a este tema existe un debate en el que no todo se ha aclarado, pero al menos podemos estar de acuerdo en que basta con la plausibilidad de la hipótesis para que todos nos sintamos obligados a pronunciarnos y a actuar en este campo.

No espero que los medios masivos de información y de entretenimiento se conviertan algún día en anodinos muestrarios de beatitud exentos totalmente de alusiones a la violencia. ¡Cómo podría informarse a la humanidad de hoy y de mañana sobre los crímenes del nazismo y del stalinismo sin mostrar la abundante documentación visual de sus errores!

Evidentemente hay una gran diferencia entre exhibir la violencia con el fin educativo de provocar la repugnancia que merece y exaltar sistemáticamente la violencia real o

imaginaria, hasta el punto de convertirla en insensibilidad o en motivo de emulación.

Aún en el supuesto de que en los medios sea imprescindible una alta dosis de violencia, a los responsables les caería siempre la posibilidad de intentar la equilibrada presentación de lo que podríamos llamar la contra cultura de la violencia.

Creo que sin omitir la objetividad informativa, la prensa puede actuar en el sentido de señalar a la humanidad aquellos peligros que la propaganda, la publicidad engañosa y la indiferencia logran mantener ocultos hasta cuando ya no es posible evitarlos.

La libertad de prensa adquiere, en nuestra época, tal importancia sin precedentes gracias al poder de penetración que han adquirido los medios de comunicación social.

Sin duda alguna, dado el poder que por esa razón han alcanzado los medios de difusión de masas, sin el ejercicio responsable y amplio de esa libertad todas las otras libertades esenciales corren peligro de desaparecer. La prensa libre es, por lo tanto, intento básico de todas las libertades.

El periodismo se ha convertido en un arma contra la corrupción y la impunidad. Ustedes son periodistas y de allí que ostenten un poder extraordinario. Quiero entonces su venia para sugerirles que den una lucha frontal contra la corrupción porque dentro de cualquier intento por darle a nuestro futuro una meta y un sentido, deben figurar la lucha por la transparencia, la veracidad y la credibilidad de quienes dirigen la vida política y económica de nuestros pueblos.

La corrupción no consiste únicamente en utilizar el poder político para el enriquecimiento personal no legítimo. La corrupción es mucho más que la colusión entre servidores públicos y empresarios o entre servidores públicos y delincuentes para sacar ventajas ilegales o moralmente cuestionables.

Hay otras vertientes de la corrupción que no están expuestas a la sanción legal y no siempre ni en todos los lugares se someten al escrutinio de la opinión pública.

Hay corrupción en la renuncia de los gobernantes y de los dirigentes políticos a ejercer la función educativa que les corresponde en una democracia.

El doble lenguaje. El decir a los gobernantes solamente lo que estos quieren escuchar. El no llamar por mero cálculo electoral a las cosas por su nombre son prácticas que corrompen y degradan a los individuos, a las sociedades, pero también al sistema democrático.

Es corrupción interpretar que una carrera política es exitosa solo si siempre se ganan las elecciones aunque para ello haya que ocultar la verdad o reservarla para el momento electoralmente oportuno sin que importen las consecuencias del ocultamiento.

Es corrupto olvidar que la participación en la política o en el gobierno exige preparación, desprendimiento, voluntad de servir a los demás y consecuencia entre lo que se predica y lo que se practica, entre la palabra y la acción.

Hay corrupción o en el político o en el gobernante que confunde sus intereses personales con los intereses del estado y de la sociedad.

Hay corrupción cuando los gobernantes y los políticos utilizan el reparto de privilegios.

Tenemos por delante la tarea de educarnos mutuamente para no olvidar que no sólo los gobernantes electos practican o propician la corrupción. También pueden ser responsable de corrupción el elector que por indiferencia o por cinismo eleva al gobierno el político corrupto o corruptible.

El sufragio es un derecho, pero muchos ciudadanos olvidan la obligación de ejercerlo con responsabilidad. Esto no es un problema particular de la democracia latinoamericana. En las elecciones parlamentarias celebradas en marzo de 1933 en Alemania, el Partido Nacional Socialista obtuvo legítimamente una aplastante mayoría. Así quedó abierto el acceso de Hitler al poder absoluto del más corrupto de los poderes.

En muchos lugares de nuestro continente constatamos que un alto grado de impericia policial, de indiferencia ciudadana, de ineficiencia judicial y de falta de voluntad política entorpece o hace imposible el esclarecimiento de algunos delitos.

En este inicio del siglo XXI experimentamos la impresión de que se encuentran en peligro muchas de las virtudes de la sociedad costarricense que hasta hace poco tiempo el resto del mundo reconocía como digna de ser imitada, como credenciales que nos conferían pese a nuestra pequeñez geográfica y demográfica un gran liderazgo moral en el ámbito de las naciones.

Nuestra democracia parece haber perdido credibilidad. La corrupción ha traído el deterioro de nuestra vida política. Los valores del decoro y la honradez son sustituidos con desconsoladora frecuencia por el cinismo y la ambición.

Tengo fe en que nuestra prensa ha de permanecer libre y vigorosa como corresponde en un régimen de libertad y de democracia como el nuestro. Pero la libertad debe ser responsable. En particular durante esta etapa crítica como la que experimenta hoy nuestro país.

No lamento el poder que tiene la prensa. Lamentarlo sería como lamentar el haber recibido alguna vez por mandato del pueblo de Costa Rica las potestades del cargo de presidente, pero a diferencia de aquel poder temporal y bien definido por las normas constitucionales, el poder del periodista es permanente y debe someterse voluntariamente a ciertos límites: el amor a la verdad, el respeto a la libertad y el respeto a la dignidad de los demás seres humanos.

Finalmente permítanme un comentario sobre el deber periodístico del disenso, aun cuando algunas veces este sea tachado de provocación. No basta con simplemente numerar los problemas del mundo y ofrecer enseguida una que otra solución superficial. Debemos disentir de un orden internacional que a lo sumo ofrece soluciones para los síntomas y elude la búsqueda de una cura para los males que afligen a la mayoría de los seres humanos.

En palabras del gran Robert Kennedy disentimos del hecho de que millones se hayan atrapados en la pobreza mientras la nación se hace cada vez más rica. Disentimos de las

condiciones y los odios que niegan la plenitud de la vida a nuestros conciudadanos tan solo por el color de su piel. Disentimos de la absurda monstruosidad de un mundo en que hay naciones que consideran seriamente la posibilidad de destrucción de otras naciones y en el que los seres humanos deben matarse los unos a los otros.

Disentimos del espectáculo de una mayoría de humanidad obligada a vivir en la pobreza agobiada por la enfermedad, amenazada por el hambre y condenada a una muerte temprana después de una vida de trabajo infatigable.

La disensión a la que se refiere Robert Kennedy exige fortaleza, dedicación y sobre todo sacrificio. La disensión no solamente es estar en desacuerdo. Es el intento efectivo por cuestionar el *status quo*. Es función del periodista oponerse a todo intento por ocultar a los ciudadanos informaciones y opiniones que pudieran capacitarlos mejor para la toma de decisiones cívicas. Siempre será válida la advertencia de que el temor a la libre divulgación de las ideas, es en la democracia, seguro síntoma de debilidad y preludio probable de la represión.

Hágase callar la voz de una mujer o de un hombre y ya se habrá iniciado el camino hacia el silencio de todos, incluido el de los periodistas. Imponer restricciones sobre nuestros pensamientos o empeñar nuestros valores e ideales es socavar la base de todas las demás libertades.

La libertad de pensamiento y de acción es el don más preciado que un hombre pueda tener, como le dijo Don Quijote a Sancho Panza: "La libertad, Sancho, es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos. Con ello no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni mar encubre".